

**LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA CLASE
TRABAJADORA BRITANICA DURANTE LA
REVOLUCION INDUSTRIAL:
UN TEMA CONTROVERTIDO**

Hugo Trivelli O.

1. INTRODUCCION

¿Mejoraron o empeoraron las condiciones de vida de la clase trabajadora británica durante los años de la Revolución Industrial?

La controversia suscitada alrededor de esta materia es el tema de estas líneas. En la primera parte del artículo se identifican los puntos en discusión y se presenta una revisión rápida del desarrollo que ha tenido el debate a través de los años.

En la segunda parte, se plantean y se analizan los distintos argumentos que se han esgrimido, tanto los de carácter cuantitativo como aquellos más bien cualitativos. Se ha tratado de enfatizar en cada caso acerca de las críticas a que pueden estar sujetos cada uno de estos argumentos.

Finalmente, en la última parte, se presentan sumariamente las conclusiones que este autor piensa se pueden derivar de las evidencias disponibles.

El autor estima necesario advertir que, dados el volumen de la literatura sobre el t6pico y el alcance restringido del presente trabajo, no se revis6 el total de la literatura mencionada, sino una selecci6n de los libros y art6culos m6s relevantes. Tampoco fue posible examinar todas las fuentes de datos sino s6lo aquellas que se incluyen en dicha selecci6n, de modo que hubo que confiar principalmente en las cifras, citas, comentarios y cr6ticas de los autores de los trabajos que se revisaron.

2. LA CONTROVERSLA: UNA REVISION RAPIDA

Muchos aspectos del per6odo llamado "Revoluci6n Industrial" en Gran Bretaña son aceptados hoy d6a sin ser puestos en duda. Hechos como el aumento de la producci6n industrial, la concentraci6n de la producci6n en las f6bricas, la difusi6n de las innovaciones tecnol6gicas, el crecimiento de la proporci6n de la poblaci6n urbana y el incremento del comercio exterior, son hechos que no constituyen materia de controversia. Sin embargo, desde la 6poca de la Revoluci6n Industrial misma, la cuesti6n de los cambios en las condiciones de vida de la clase trabajadora brit6nica ha motivado un debate largo, amargo, y muchas veces apasionado. Las opiniones se han polarizado marcadamente entre quienes creen que hubo un mejoramiento considerable en la condici6n de la clase trabajadora, los "optimistas", y quienes piensan que hubo un deterioro, los "pesimistas".¹ Ambos bandos han usado argumentos basados en el testimonio de contempor6neos

¹ La denominaci6n de "optimistas" y "pesimistas" fue introducida por E. J. Hobsbawm en su art6culo "The British Standard of Living 1790-1850", en *Economic History Review*, 1957. (Desde aqu6 en adelante se llamar6 Hobsbawm I.)

y análisis basados en las evidencias disponibles. Con todo, el debate, aunque vierte luz sobre muchos aspectos del problema, no ha ofrecido conclusiones definitivas.

A partir del principio mismo del debate se comenzó a producir una marcada diferencia de opiniones. Entre los primeros que intervinieron se debe mencionar la apología del sistema fabril realizada por Ure,² la amarga opinión de Carlyle acerca del mismo,³ y la acusación de Engels contra los males causados por el capitalismo.⁴

El trabajo de Engels mismo ha sido objeto de críticas y elogios apasionados. Cualesquiera que sean los méritos o errores del trabajo de Engels, hay que reconocer que fue el primer intento de obtener un análisis amplio y cabal de las consecuencias de la Revolución Industrial para la clase trabajadora.

Hacia fines del siglo XIX una investigación de Levi y Giffen,⁵ usando evidencias estadísticas, apoyó el criterio optimista, pero su trabajo sólo se refirió a la segunda mitad del siglo XIX. Al mismo tiempo, aparecieron Thorold Rogers⁶ y Toynbee⁷ como fuertes defensores de la opinión pesimista.

²A. Ure: "Philosophy of Manufactures", citado por A. J. Taylor en su artículo "Progress and Poverty in Britain, 1780-1850: A Reappraisal", en *History*, febrero 1960, y también por autores como Hutt, Hartwell e Inglis.

³T. Carlyle: "Chartism", citado por A. J. Taylor, op. cit.

⁴F. Engels: *The Condition of the Working Class in England*, traducido por Henderson y Chaloner, Oxford, 1958.

⁵Véase referencia en A. J. Taylor, op. cit.

⁶Véase referencia en A. J. Taylor, op. cit.

⁷A. Toynbee: *Lectures on the Industrial Revolution of the Eighteenth Century in England*, Longmans Green and Company, 1927.

Después de la primera Guerra Mundial, el criterio optimista surgió nuevamente con energía. Tres investigadores⁸ arguyeron, en base a material estadístico, que había ocurrido una mejora perceptible de la expectativa de vida, y por ende, en su opinión, en el estándar de vida. Por otra parte, Clapham,⁹ utilizando resultados de investigaciones históricas sobre niveles de precios y de salarios monetarios, trató de demostrar que los salarios reales habían aumentado durante la primera mitad del siglo XIX. Al mismo tiempo los Hammond,¹⁰ basando sus conclusiones principalmente en los "libros azules",¹¹ hicieron revivir los métodos de argumento que había empleado Engels, y dieron un nuevo impulso a la causa pesimista.

Durante la primera mitad del presente siglo también se virtieron distintas opiniones acerca del sector agrícola durante la Revolución Industrial, sus características principales, su relación con las áreas industriales urbanas y la migración de trabajadores agrícolas hacia esas áreas.¹²

Después de la segunda Guerra Mundial, en un libro editado por Hayek,¹³ los pesimistas fueron atacados con severidad. Hutt¹⁴ concentró su fuego contra los Hammond, inten-

⁸ Véase referencia en A. J. Taylor, op. cit.

⁹ J. H. Clapham: "An Economic History of Modern Britain" I.

¹⁰ J. L. y B. Hammond: "The Industrial Revolution: The Rulers and the Masses", artículo en *The Industrial Revolution in Britain, Triumph or Disaster?* editado por P. A. M. Taylor, Heath and Company, 1966. (Varios otros trabajos por los mismos autores se incluyen en las referencias de los artículos y libros repasados en este trabajo).

¹¹ Nombre común dado a los *Reports of British Royal Commissions or Select Committees*.

¹² P. Mantoux: "The Industrial Revolution in the Eighteenth Century", J. D. Chambers: "Enclosures and the Rural Population: A Revision", en P. A. M. Taylor, op. cit.

¹³ F. A. Hayek, editor: "Capitalism and the Historians".

¹⁴ W. H. Hutt: "The Factory System of the Early Nineteenth Century", en F. A. Hayek, op. cit.

tando desacreditar sus fuentes de información sobre el trabajo de menores y las condiciones laborales, citando otras fuentes acerca de esos mismos temas. En el mismo libro en un artículo de Ashton,¹⁵ aunque criticando agudamente los intentos anteriores de derivar conclusiones respecto del aumento de los salarios reales, el autor mismo arguyó, basándose en varios argumentos, en favor de la conclusión de una mejora en la condición de la clase trabajadora.

Recientemente, el debate ha renovado su actividad. Los doctores Hobsbawm¹⁶ y Hartwell,¹⁷ ambos activos militantes en cada una de las dos escuelas citadas, han escrito artículos tratando por casi todos los medios posibles de comprobar cada uno de sus puntos de vista y de desacreditar los de su adversario. Afortunadamente, también se han publicado algunas obras más equilibradas, que intentan ponderar los distintos argumentos, considerar criterios divergentes, y reconocer que las evidencias no permiten conclusiones globales absolutas. Entre tales artículos se debe indicar los escritos por Williams,¹⁸ Pollard,¹⁹ A. J. Taylor²⁰ e Inglis,²¹ y tam-

¹⁵ T. S. Ashton: "The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830", en F. A. Hayek, op. cit.

¹⁶ Hobsbawm I, op. cit. y: "The Standard of Living During the Industrial Revolution: A Discussion", I, en *Economic History Review*, agosto 1963 (desde aquí en adelante Hobsbawm 2).

¹⁷ R. M. Hartwell: "Interpretations of the Industrial Revolution in England: A Methodological Inquiry", *Journal of Economic History*, junio 1959 (Hartwell 1), "The Rising Standard of Living in England, 1800-1850", *Economic History Review*, abril 1961 (Hartwell 2), y "The Standard of Living During the Industrial Revolution, A Discussion", II, en *Economic History Review*, agosto 1963 (Hartwell 3).

¹⁸ J. E. Williams: "The British Standard of Living, 1750-1850", en *Economic History Review*, diciembre 1966.

¹⁹ S. Pollard: "Investment, Consumption and the Industrial Revolution", en *Economic History Review*, 1958.

²⁰ A. J. Taylor, op. cit.

²¹ B. Inglis: "The Poor who were with us. Old Myths and New Views", en *Encounter*, septiembre, 1971.

bién el libro editado por P. A. M. Taylor²² que contiene artículos representantes de un amplio espectro de opiniones. Finalmente, aunque no están centrados directamente en nuestro tema principal de discusión, pero sí ligados indirectamente con él, se debe mencionar los aportes de Phelps-Brown y Hopkins²³ y el que se debe a Gayer, Rostow y Schwartz,²⁴ relacionados ambos con índices de precios y salarios.

3. ARGUMENTOS Y CONTRARGUMENTOS

El debate sobre la condición de la clase trabajadora durante la Revolución Industrial involucra muchos aspectos, en particular los relacionados con materias económicas tales como cambios en la capacidad de compra de bienes y servicios y los que se refieren a problemas sociales, como ser las condiciones de vida urbana, la estabilidad de la ocupación, el trabajo de menores y mujeres, y las oportunidades para que los trabajadores lograsen una vida mejor. En tanto que las materias económicas pueden y deberían ser discutidas principalmente sobre la base de argumentos cuantitativos, los problemas sociales son más bien de naturaleza cualitativa y, por ende, la discusión ha de basarse en el testimonio de contemporáneos, y está sujeta inevitablemente a sus juicios de valor, y a los juicios de valor de quienes los interpretan. Así, en busca de una mayor claridad, estas dos caras del debate serán presentadas separadamente. Con todo, está claro que los dos aspectos concurren finalmente para conformar el bienestar de la comunidad.

²²P. A. M. Taylor, *op. cit.*

²³E. H. Phelps-Brown y S. V. Hopkins: "Seven Centuries of the Prices of Consumables compared with Builders Wage Rates", en *Economica*, noviembre, 1956.

²⁴A. Gayer, W. W. Rostow y A. J. Schwartz: "The Growth and Fluctuations of the British Economy, 1790-1850", citado en J. E. Williams, *op. cit.* y en Hartwell 3, *op. cit.*

No se pueden identificar fechas precisas que señalen el principio y el fin de la Revolución Industrial. El período a considerarse será desde los últimos años del siglo XVIII hasta 1850.

El punto de partida ha sido especificado sólo en forma aproximada, por cuanto muchos autores empezaron sus análisis en distintas fechas y no quisiéramos excluir algunos de los argumentos al fijar rígidamente una fecha de inicio. En el otro extremo, 1850 parece ser una fecha final razonable, dado que hay un consenso general en que la condición de la clase trabajadora empezó a mejorar marcada y sostenidamente después de la mitad de la década de 1840. Sin embargo, ocasionalmente se han utilizado referencias a períodos anteriores y posteriores a las fechas que se han mencionado.

3.1. Los argumentos económicos

Se ha dicho que la discusión económica debería ser fundamentada cuantitativamente, pero no resulta sorprendente hallar que los datos empíricos disponibles sobre los aspectos económicos de la época son bastante escasos y esparcidos a través del tiempo, la geografía y las distintas actividades, limitando seriamente así la posibilidad de un análisis cuantitativo concluyente. No obstante, se han hecho intentos valiosos en este sentido, aunque las conclusiones derivadas de estos análisis necesariamente descansan en la validez de los supuestos en los cuales ellas se basan, muchos de los cuales son bastante fuertes.

3.1.1. El marco macroeconómico

Antes de examinar los argumentos relativos al poder de compra de la clase trabajadora, resulta útil observar el medio económico sobre el cual se está realizando el análisis, es decir, los aspectos macroeconómicos del período.

Tal vez el mejor resumen de las cifras agregadas que interesan es proporcionado por J. E. Williams²⁵ (véase Cuadro N°1), cuyos datos se basan en las estimaciones de Mitchell, Deane y Cole de las series agregadas y en los índices de precios elaborados por Schumpeter, Gilboy y Silberling.²⁶

Cuadro N°1

Ingreso nacional bruto, consumo real y consumo particular
1750 - 1850

(Cifras en libras esterlinas)

	Ing. Nac. bruto per capita (a precios de 1791)	Consumo real per capita (a precios de 1791)	Consumo real privado per capita (a precios de 1791)
Inglaterra y Gales			
1751	12,4	10,7	10,1
1761	13,5	11,4	8,3
1771	12,5	11,0	10,5
1781	13,5	12,8	10,4
1791	14,0	12,7	12,0
Gran Bretaña			
1801	12,2	10,2	8,7
1811	14,9	14,2	11,8
1821	17,5	15,2	14,2
1831	18,3	16,2	15,5
1841	20,6	18,3	17,6
1851	29,4	25,3	24,5

Fuente: J. E. Williams, op. cit.

²⁵J. E. Williams, op. cit.

²⁶Véase J. E. Williams, op. cit., para referencias.

Las debilidades de sus estimaciones han sido comentadas por los mismos autores Deane y Cole,²⁷ y Williams las ha analizado en mayor detalle. Los índices de precios también han sido criticados, especialmente los de Silberling, por parte de Ashton.²⁸ Estas objeciones obligan a advertir que las conclusiones que se pueden derivar de las cifras disponibles son tentativas y sujetas a los supuestos y las generalizaciones subyacentes.

La medición más aproximada de "mejoramiento" podría ser el crecimiento del ingreso nacional bruto per capita, pero si se toma en cuenta la formación de capital, el consumo de capital y la balanza comercial, se puede obtener, como lo hace Williams, consumo per capita, el cual puede considerarse un mejor índice del estándar de vida promedio. Pero, siguiendo nuevamente a Williams, se debería considerar que el consumo per capita, como él lo calculó, incluía tanto los gastos fiscales como el consumo privado, debiendo notarse que los gastos militares y navales, altos durante los años de guerra, no aumentan el bienestar de la nación,²⁹ aunque otros gastos fiscales sí lo hacen, y algunos de ellos tienen incluso un efecto redistributivo.³⁰ Así, una mejor aproximación del estándar de vida sería una medición del consumo como el consumo total menos los gastos militares y navales.

Las tres series en el Cuadro N°1 no muestran mejoría alguna desde 1750 hasta 1800, aunque se observa una mejoría muy pequeña si se considera el período 1750-1810 (1800-1801 fueron años extremadamente malos).

Después del período de guerra, se observa un aumento moderado hasta los años 1840, y uno importante entre 1841 y

²⁷Véase P. Deane y W. A. Cole: "British Economic Growth 1688-1959", 1967.

²⁸ Críticas de los índices de precios se explican en p. 70 de este trabajo.

²⁹Véase J. E. Williams, op. cit.

³⁰Véase Hartwell 2, op. cit.

1851. Es conveniente recordar que estas cifras agregadas representan promedios y que, en ausencia de mayores informaciones, no permiten inferir nada acerca de los aspectos distributivos.

Sin embargo, contemplando el aumento de los agregados entre 1800 y 1850, Hartwell dice que: "generalmente, como lo demuestran los análisis históricos del desarrollo económico, un aumento del ingreso per capita se ha visto acompañado de una distribución del ingreso más equitativa".³¹ El justifica su punto de vista para el caso de Gran Bretaña aceptando la hipótesis de que los salarios reales aumentaron durante la primera mitad del siglo XIX.³² En apoyo de su opinión también cita aumentos de productividad, aumento de la parte de la población total ocupada en comercio y servicios, políticas fiscales redistributivas en materia de impuestos y gastos, y un aumento en el ahorro de los asalariados.

El planteamiento de Hartwell acerca de que "un aumento del ingreso per capita se ha visto acompañado de una distribución del ingreso más pareja" carece de fundamentación teórica. Por el contrario, algunos autores piensan que es más plausible suponer que los requisitos de grandes cantidades de capital, y por ende de ahorros, durante las primeras etapas de la industrialización pueden causar una distribución del ingreso menos pareja.³³ Para el caso particular de Gran Bretaña, el argumento de que ocurrió un aumento de los salarios reales no ha producido una conclusión clara, como lo veremos más adelante. Su argumento respecto de ganancias en la productividad también parece ser débil, ya que no muestra ninguna evidencia de que esos incrementos fueron ganados por los trabajadores. Inclusive, si algunos de esos incrementos hubiesen sido ganados por los trabajadores, es probable que la redistribución favoreciera a los más especializados, empeorando así la distribución del ingreso al interior de la clase trabajadora.

³¹Hartwell 2, op. cit.

³² Este punto será discutido más adelante.

³³S. Pollard, op. cit.; Hobsbawm 2, op. cit.

Parece mucho más razonable el enfoque realizado por J. E. Williams, el cual no difiere mucho del del Ashton. El argumento señala que no hubo mejora significativa del ingreso per capita, ni del consumo total per capita o del consumo privado per capita, durante las últimas décadas del siglo XVIII y las dos primeras del siglo XIX. Por ende, un aumento del consumo promedio de la clase trabajadora en ese período debería haberse originado en una redistribución sustancial del ingreso, pero no hay evidencias de tal redistribución a fines del siglo XVIII y tampoco hubo una redistribución favorable a la clase trabajadora durante el período 1800-1820. Ashton sostiene, por el contrario, que si hubo alguna redistribución del ingreso durante el período de guerra, ésta tendió a favorecer a empresarios y rentistas a expensas de la clase trabajadora. Los cinco años de ajuste después del fin de la guerra en 1815 no fueron mejores para los grupos de bajos ingresos. Ashton señala: "...reducción de gastos fiscales, contracción de la moneda corriente, fracasos bancarios y renuencia general para emprender inversión de largo plazo, redujeron el nivel de la actividad". El piensa también que "ganancias reales que podían haberse derivado del rezago de los salarios en seguir a los precios descendentes, fueron compensados probablemente por una alta desocupación".

Después de 1820, con la economía reajustada a condiciones de tiempo de paz, se halla una tendencia progresiva aunque moderada hacia el crecimiento en las series agregadas. También, las fuerzas que se oponían a los trabajadores parecen haberse debilitado, e incluso haber empezado a trabajar a favor de ellos. La tasa de inversión aumentaba, promoviendo así la generación del ingreso y la ocupación, y los problemas del abastecimiento de alimentos que existía durante la guerra ya no estaban presentes. Por otra parte, la desocupación creada por el avance tecnológico y por las fluctuaciones cíclicas, continuaba perjudicando a la clase trabajadora.

3.1.2. Salarios reales

Con todo, consideraciones respecto de las fuerzas que afectaban la distribución del ingreso no vierten luz suficiente sobre la cuestión principal. Por lo tanto, se deberían analizar aspectos relacionados con los trabajadores mismos a fin de determinar si su estándar de vida mejoraba o se deterioraba. Siguiendo esta línea de investigación, un análisis de los salarios reales debería proporcionar una respuesta adecuada, pero, nuevamente, las evidencias empíricas disponibles son insuficientes para derivar conclusiones bien fundamentadas.

Los intentos realizados a fin de estimar índices de salarios reales han sido tan severamente criticados,³⁴ tanto por pesimistas como optimistas, que se hace difícil argüir sobre la base de esta información. En consecuencia no tiene objeto presentar las cifras, aunque podría ser útil pasar revista a los argumentos empleados para revelar lo inadecuado de las series de salarios reales confeccionados hasta ahora.

El cálculo de salarios reales se basa en series de salarios monetarios y en índices de precios. En el presente caso, tanto las series de salarios monetarios como los índices de precios que se han estimado merecen severas críticas. Sin analizar los problemas particulares de cada trabajo individual, podemos decir que todos ellos han presentado al menos uno de los siguientes problemas: (a) Las bien conocidas dificultades que surgen de la computación de índices a través de un período largo con ponderaciones fijas, ya de los patrones del consumo, ya de la estructura de la distribución de la fuerza laboral. (b) El uso de precios mayoristas en el cálculo de índices del costo de la vida, suponiendo que los precios minoristas cambian en la misma dirección y proporción de aquellos. (c) El uso de precios de materias primas para remplazar los precios

³⁴ Especialmente el índice de Clapham, que ha sido criticado por Ashton, Hobsbawm e Inglis.

de algunos bienes de consumo, suponiendo que el resto de los insumos, además de las materias primas, cambian sus precios a la misma tasa de éstas. (d) El uso de los precios de una región particular como representativos de toda la nación, y el uso de los salarios en algunas actividades particulares como representativos de todos los salarios. (e) El uso de los precios pagados por hospitales, escuelas y dependencias fiscales, y no por los consumidores mismos. (f) El uso de los salarios ganados por trabajadores ocupados, haciendo caso omiso de los desocupados o sub-ocupados, derivando así conclusiones respecto de los salarios reales solamente de los primeros y no acerca de la clase trabajadora como un todo. Durante la época existió desocupación causada por fluctuaciones cíclicas, cambio tecnológico, migración desde las áreas rurales a las ciudades y por inmigración de irlandeses, pero no conocemos el alcance preciso de estos fenómenos. El problema de la desocupación, combinado con el de usar índices de salarios considerando sólo algunos trabajadores más o menos especializados, se suman y pueden llevar a conclusiones extremadamente erróneas, ya que la baja en los salarios reales de los trabajadores no especializados y la desocupación permanecen ocultas.

Es interesante notar que Ashton, uno de los optimistas más sobresalientes, es el crítico más severo, y que prácticamente descarta la esperanza de obtener conclusiones precisas por estos medios debido a la escasez de información, cuando afirma: "Necesitamos no un índice único, sino muchos, cada uno derivado de precios minoristas, cada uno limitado a un período corto de años, cada uno relacionado con un área única, incluso tal vez a un grupo social u ocupacional único dentro de un área. En esta etapa no se puede esperar cumplir estos requisitos".

Siguiendo estas sugerencias, Ashton mismo ha presentado un índice de precios para alimentos en varias ciudades, siendo extremadamente modesto en sus pretensiones respecto de lo que las cifras podrían sugerir. Recientemente, un ar-

título por Neales ha proporcionado un ejemplo de lo que Ashton quiso hacer.³⁵ Sin embargo, su trabajo se refiere a una sola ciudad, Bath, y lo más probable es que aún haya que esperar mucho para tener conclusiones producidas por el enfoque de los salarios reales.

3.1.3. Patrones de consumo

El fracaso eventual del enfoque de los salarios reales y el deseo de procurar evidencias conclusivas abrieron nuevas líneas de investigación acerca de la condición de la clase trabajadora y llevaron también a la reapertura de algunas que ya se habían explorado o mencionado anteriormente.

Hobsbawm ha intentado rechazar la hipótesis optimista explorando el consumo per capita de los artículos de mayor ponderación en las compras de la clase trabajadora.³⁶ En nuestra opinión, su intento no ha tenido mayor éxito que los ya discutidos. Sus pretensiones consisten en que el consumo per capita de té, azúcar y tabaco no acusa un aumento marcado entre 1790 y 1840, que el consumo per capita de carne sufrió una baja entre 1801 y 1850, que la producción e importación del trigo no marcaron el paso del crecimiento demográfico, en tanto que la cantidad de papas disponibles aumentaba a la misma tasa de éste, y por último señala una probable baja del consumo de leche y queso y un aumento del consumo de mantequilla. Además, refuerza su opinión arguyendo un aumento de la adulteración.

Hartwell llega a conclusiones precisamente opuestas³⁷ y cita otros autores que afirman aumentos en el consumo per capita de té, tabaco, azúcar, carne y huevos. Sólo reconoce una baja del consumo de trigo durante 1830 y 1850. Con todo, esto no significa que haya tenido mayor éxito que Hobsbawm para

³⁵ R. S. Neale: "The Standard of Living, 1780-1844: A Regional and Class Study", *Economic History Review*, 1966.

³⁶ Hobsbawm 1 y Hobsbawm 2, op. cit.

³⁷ Hartwell 3, op. cit.

comprobar su punto. Las únicas cifras presentadas en el debate se refieren al número de ganado vacuno y ovejuno beneficiados en Smithfield para el consumo en Londres, y, aunque parecen confiables, Hartwell recuerda adecuadamente que Hobsbawm se olvidó de la carne de cerdo, de posibles aumentos en el peso de los animales, y otras fuentes de oferta al mercado de Londres, tales como la compra de animales beneficiados en las haciendas vecinas y las importaciones de carne salada desde el extranjero.

Como se ve, las evidencias sobre el consumo de alimentos no producen ninguna respuesta clara a nuestra cuestión. Además, aunque los alimentos ocupaban la parte más importante del presupuesto de los trabajadores, hay otros ítem a considerarse. La revisión de Taylor sobre los patrones de consumo de la clase trabajadora³⁸ indica que "los arriendos tuvieron más bien un alza que una baja entre 1800 y 1850", "el combustible aumentaba su disponibilidad y su precio tendía a bajar. . .", y que "entre 1785 y 1840 la producción de artículos de algodón para el mercado interno aumentó diez veces más rápidamente que la población". Sin embargo, informaciones respecto de unos pocos bienes de consumo más no bastan para derivar una respuesta a nuestra interrogante.

3. 1. 4. Salud y esperanza de vida

Queda por discutir un enfoque más de la cuestión del estándar de vida: el de la salud y la población creciente. Aquí, nuevamente, optimistas y pesimistas se han dividido en el debate. La cuestión consiste en si el aumento del crecimiento demográfico habido en el período se explica por una tasa de nacimientos más alta o una tasa de defunciones más baja. Si el caso es el último, la tasa de defunciones más baja debería implicar, según los optimistas, una mayor esperanza de vida y, por ello, una mejora en el estándar de vida. Por otra parte, sus contrarios afirman que la tasa de defunciones descendentes es un reflejo estadístico de una tasa de nacimientos aumentada.

³⁸ A. J. Taylor, op. cit.

Lo inconcluso de este enfoque está bien descrito por Taylor cuando escribe³⁹: "... lo ambiguo de la tasa de defunciones aún la hace altamente sospechosa como instrumento para medir estándares de vida cambiantes. Esto viene más al caso teniéndose en mente que el crecimiento demográfico de estos años no fue un fenómeno británico solamente, ni siquiera uno exclusivamente europeo. Esto sugiere que la industrialización fue al menos tanto consecuencia como causa del aumento de la población".

3.2. Los argumentos sociales

No es sorprendente que este lado del debate, preocupado de aspectos cualitativos más bien que cuantitativos, haya progresado aun menos. Las evidencias consisten en material escrito proporcionado por testigos contemporáneos y por comisiones fiscales nombradas para investigar alguno de los problemas que nos preocupan. No hay por qué dudar de la honradez de estos contemporáneos, pero pueden tenerse fuertes sospechas de que muchos de ellos confiaron en evidencias parciales cuando escribieron sus informes. Además, juicios de valores, creencias personales y conceptos erróneos respecto de cuales habían sido las condiciones en períodos anteriores, se han comunicado inevitablemente a las personas que han legado la información escrita. A fin de reforzar sus argumentos, algunos de ellos incluso han citado deliberadamente sólo las evidencias que apoyaban sus opiniones.

A pesar de estas limitaciones, podría valer la pena examinar las cuestiones principales involucradas en este lado del debate. Probablemente, no se podrá determinar el alcance de los problemas, pero de todos modos es posible tratar de averiguar si ellos empeoraban o si se orientaban hacia una solución. De lo que no cabe duda es que los problemas que nos preocupan existían y tal vez algunos de ellos afectaban al grueso de la clase trabajadora.

³⁹A. J. Taylor, op. cit;

Nos limitaremos a las cuestiones del trabajo de menores y mujeres, además de las condiciones de la vivienda y de vida. Por supuesto, éstas no son las únicas materias que se discuten, pero creemos que son aspectos importantes y controvertidos. Otros tópicos incluidos en el debate son, por ejemplo, el problema de la adaptación a la nueva manera de vivir y su organización, el problema de condiciones de trabajo inadecuadas, el problema de oportunidades de educación para los pobres, y la amplia gama de los "males morales" supuestamente originados por el proceso de la industrialización.

3. 2. 1. El trabajo de menores y mujeres

No es sorprendente que ésta haya sido una cuestión importante, especialmente para la escuela pesimista. A priori, el trabajo de menores suena como una cosa cruel e indeseable. Esto bien podría ser cierto, pero se necesita mayor análisis de las circunstancias históricas a fin de clarificar varios aspectos antes de llegar a alguna conclusión. Además, la cuestión relevante en este caso no es si el trabajo de menores y mujeres es malo, sino acaso el problema empeoraba o no durante los primeros años de la industrialización.

Las opiniones de distintos autores varían sobre un rango más amplio en esta materia que en otras. Por lo tanto, parece más adecuado resumir los argumentos que más se han empleado y no citar esas opiniones. Puede observarse que con frecuencia los argumentos son de naturaleza económica, aunque en un principio la cuestión haya sido discutida como un problema social.

i) Se ha argüido que las mujeres y menores trabajadores proporcionaban un ingreso adicional que hacía mucha falta al grupo familiar, especialmente cuando el jefe del hogar estaba desocupado. Los opositores conceden que esto es cierto, pero preguntan si es más conveniente una situación en que el jefe del hogar tiene una ocupación estable y gana un buen salario

que una en que está desocupado y el bienestar de la familia depende de las mujeres y menores y de sus bajos ingresos. Además, existía el importante argumento de que el trabajo de mujeres y menores, barato y no especializado, estaba desplazando al trabajo de los hombres adultos a causa de las nuevas técnicas de producción. Había un proceso inducido de sustitución del trabajo de los hombres adultos por el capital y el trabajo no-especializado, especialmente en la industria textil. Esta situación parece haber sido crítica durante las dos primeras décadas del siglo XIX.

ii) Los fabricantes debían proporcionar educación a los menores trabajadores, ya que probablemente no la habrían tenido de otra manera. De hecho, parece que la educación era escasa en cantidad y calidad, limitándose con frecuencia a instrucción religiosa, o al aporte de trabajadores retirados. Además, la instrucción se daba a menores cansados en las pocas horas durante las cuales no trabajaban.

iii) Por otra parte, algunas personas sostienen que los menores no podían estar peor trabajando en una fábrica en vez de quedarse en sus casas, las cuales eran frecuentemente miserables y ubicadas en un ambiente malsano, como lo veremos más adelante. Con todo, hay que considerar que las condiciones en las fábricas solían ser no más sanas ni menos miserables que las de las viviendas.

iv) Se arguye que los menores tenían que empezar a trabajar a muy temprana edad y que debían recorrer distancias extremadamente largas para llegar a su trabajo, a veces con esfuerzo severo. Aunque este argumento también es correcto, debe notarse que este problema tendía a solucionarse parcialmente durante el segundo cuarto del siglo XIX, como resultado de la legislación que limitó la edad mínima del trabajador y el máximo de horas hábiles. Sin embargo, Hutt sostiene que este beneficio fue consecuencia de un mejoramiento general en las condiciones de la clase trabajadora y que tal legislación no fue necesaria.⁴⁰

Como podemos ver, la condición de los menores trabajadores distaba mucho de ser conveniente. Pero ¿se encontraban en peores condiciones que las que existían antes que apareciera el sistema fabril?

⁴⁰ W. H. Hatt, op. cit.

Algunos autores describen las condiciones pre-industriales como un mundo feliz, pero no hay evidencias que apoyen tales afirmaciones. En efecto, es probable que se usara el trabajo de mujeres y menores durante la etapa del sistema de trabajo a trato y a domicilio, y también en el sector agrícola. De todos modos, la llegada del sistema fabril, con la introducción de maquinaria, proporcionó gran número de ocupaciones que no requerían ni especialización ni fuerza, facilitando así la contratación de trabajo barato de mujeres y menores que sustituía el trabajo de hombres adultos.

En nuestra opinión, no se puede aceptar la hipótesis de que el trabajo de menores era inherente al sistema fabril. En lugar de ello, se debería decir que el trabajo de mujeres y menores había existido en tiempos anteriores, que se empleaba más intensamente y en peores condiciones a principios de la Revolución Industrial, y que su uso bajó y la condición de los trabajadores tendió a mejorar a partir de los años 1820.

3. 2. 2. Ambiente habitacional y urbano

Nuevamente aquí nos encaramos con opiniones encontradas. Por una parte se nos informa, por ejemplo, que "hacia los años 1840 se decía que las casas de la clase trabajadora en Sheffield, Northumberland y Durham estaban amobladas de manera muy confortable..."⁴¹ Por otra parte, Engels, entre otros, nos dice haber visto la pobreza más espantosa en los barrios pobres de los pueblos industriales.⁴² Además, no sólo la falta de muebles y otros bienes domésticos sino también la insuficiencia de espacio y las condiciones inmundas y malsanas de las angostas calles y callejuelas en que los trabajadores vivían. Es posible pensar que esta descripción no dista mucho de la realidad. De hecho, a medida que crecían los pueblos industriales, después de cierta etapa, empezaban a aparecer des-economías externas, las cuales eran soportadas por los más pobres. Con todo, se pueden compatibilizar estos cuadros aparentemente contrapuestos suponiendo que ambos eran parciales.

⁴¹A. J. Taylor, op. cit., citando otros autores.

⁴²F. Engels, op. cit.

Es posible que la condición de los trabajadores no especializados, los desocupados y los inmigrantes en los pueblos, fuera tal como la describe Engels, pero, que por otra parte, trabajadores especializados con ocupaciones estables y buenos salarios, podían darse no sólo mejores habitaciones sino también un estándar de vida más alto.

4. CONCLUSIONES

Antes de presentar las conclusiones que este autor piensa poder derivar de la literatura y las fuentes revisadas, es importante recordar que ellas se basan en sólo una parte del material disponible sobre el tópico, como se explicó en la introducción a este trabajo.

Un breve resumen de las conclusiones es presentado a continuación:

i) Las cifras macroeconómicas no muestran ningún aumento importante en el consumo per capita hasta después del fin de la Guerra Napoleónica; indican una tendencia moderadamente creciente desde entonces hasta los primeros años de la década de 1840 y un aumento más pronunciado con posterioridad a esa fecha. Además, al considerar las fuerzas que operaban en la distribución del ingreso, parece improbable que la clase trabajadora haya tenido un alza en su estándar de vida antes de 1820, siendo más probable que se alcanzara algún mejoramiento más tarde.

ii) Los intentos de obtener una respuesta mediante el enfoque de los salarios reales no han sido conclusivos. Sin embargo, estos ensayos sugieren fuertemente que por lo menos aquellos trabajadores más especializados y con ocupaciones más estables mejoraron su poder adquisitivo.

iii) Los enfoques que tratan modelos de consumo y esperanzas de vida no son concluyentes.

iv) Los argumentos sobre trabajo de menores y mujeres sugieren que este problema ya estaba presente cuando empezó la Revolución Industrial, que probablemente empeoró durante los primeros años de ésta, siendo más agudo durante las dos primeras décadas del siglo XIX, y que tendieron a solucionarse, al menos parcialmente, en el curso del segundo cuarto del mismo siglo.

v) Es probable que las condiciones de la vivienda y del ambiente urbano empeoraron cuando ocurrió la aglomeración en las áreas urbanas. Con todo, no podemos cuantificar el alcance de este problema. En este caso hallamos nuevamente la excepción de los trabajadores mejor pagados, los cuales probablemente mejoraron sus condiciones habitacionales.

Como se puede ver, no hay conclusiones firmes acerca de la condición de la clase trabajadora como un todo. Sin embargo, se puede reconocer la existencia de dos grupos dentro de la clase trabajadora: la gente más productiva, con salarios más altos y ocupaciones más estables y la gente no especializada, con salarios más bajos, y sujeta a la desocupación debido a avances tecnológicos o fluctuaciones cíclicas. Esta apreciación no es original. Fue afirmada claramente por Ashton⁴³ y sugerida también por otros autores.⁴⁴ Sólo después de 1845, cuando la economía empezó a crecer con paso más acelerado, los mejoramientos pueden haber alcanzado a la mayor parte de la clase trabajadora. Luego, queda abierta la cuestión sobre la importancia de estos dos grupos dentro de la clase trabajadora. Ashton estimó que "... el número de quienes podían participar en los beneficios del progreso económico era mayor que el número de quienes estaban privados de gozarlos, y que aquél crecía sostenidamente". Sin pretender una comparación del presente trabajo con el de Ashton, nuestra conjetura al respecto sería la siguiente: que la inmigración irlandesa a Inglaterra, la migración rural hacia las ciudades, y la severidad de las

⁴³ T. S. Ashton, op. cit.

⁴⁴ P. Deane: *The First Industrial Revolution*. Cambridge Univ. Press, 1965.

fluctuaciones cíclicas, conformaron la probabilidad de que el grupo de trabajadores que no mejoró su condición significativamente era mayor que el de los favorecidos, al menos hasta los años 1820. Desde esa década en adelante, el crecimiento del movimiento laboral y las condiciones económicas que mejoraban lentamente llevaron a un aumento en la proporción de la clase trabajadora que participaba en los beneficios del progreso económico.